

Título: Una segunda oportunidad

Seudónimo: Asclepio

El niño fue corriendo a la farmacia. Entró empujando al resto de los clientes y llegó al mostrador casi sin poder hablar. El pequeño le intentaba hablar al farmacéutico. Tenía alrededor de ocho años y al hombre ya canoso le hacía recordar a sí mismo cuando de joven corría a todos lados. Pero el niño no estaba agitado por diversión. Le comenzó a hablar de su papá y le señaló una lista en su mano. El farmacéutico se dio cuenta de que no podía entregarle los medicamentos a un niño, pero tampoco podía abandonarlo. Pero se decidió y saltó por sobre su mostrador. Le dijo al niño que le diera la lista. Recogió de entre las góndolas aquello subrayado. Cuando tuvo todo, a pesar de las demandas impacientes del resto de sus clientes, le dijo al niño que lo llevará a su papá. Salieron corriendo y, después de sortear los transeúntes entre callejuelas y avenidas, llegaron a un edificio que le pareció muy familiar. El ascensor estaba averiado y comenzaron a subir a saltos por la escalera. La puerta estaba entre abierta y, apenas pasaron el marco, encontraron a la madre del niño por sobre un hombre de alrededor de cuarenta años. La mujer lloraba sobre su pecho mientras el hombre, con sus gafas rotas al costado, apenas respiraba sobre el piso. Una vez el farmacéutico vio el rostro debajo de la madre, se congeló. Tuvo que agarrarse del marco de la puerta mientras el niño, asustado, le agarraba el pantalón para que ayudara a su papá. Apenas pudo ver la cara del hombre, entendió por qué el departamento le parecía tan familiar y cercano. El farmacéutico reaccionó y se aproximó al hombre. La madre ni siquiera le prestaba atención, tal vez con miedo que le pidieran alejarse. Entonces le exigió al niño que le trajera agua mientras sacaba de su bolsa los medicamentos que había traído. También le tuvo que exigir a la madre que buscara toallas en caso de que vomitara. En ese pequeño instante de intimidad con el hombre, mientras el farmacéutico le levantaba la cabeza para que pudiera respirar mejor, le dijo al oído: “No te preocupes, papá, esto no volverá a suceder”. No tuvo mucho tiempo hasta el agua salina, mezclada con los medicamentos, volvieron el hombre a la vida. Este volvió a respirar con tranquilidad para el momento que la ambulancia llegó. Desde ahí, ellos se encargarían, les dijo el farmacéutico antes de volver a bajar las escaleras e irse. En camino de vuelta a la farmacia, lo alcanzó el niño,

nuevamente agitado por la corrida. En su mano, el pequeño le ofrecía el dinero por los medicamentos. Él lo rechazó con una sonrisa mientras le preguntaba cómo se llamaba. “Rafael”, le contestó el pequeño. “Igual que yo”, le respondió él, como si en el fondo ya supiera la respuesta.